

EL PARAGUAS ROJO



COLECCION MARUJITA

Nº14

EL PARAGUAS ROJO

El paraguas rojo

118 X 162

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

PRINTED IN ARGENTINA

EL PARAGUAS ROJO

Dolita tenía un hermoso paraguas nuevo. Era de color rojo vivo y parecía una amapola vuelta del revés cuando ella lo sostenía sobre su cabeza. Y estaba muy orgullosa de él.

—¡Qué bonito es!—dijo a su maridito cuando se disponía a salir para el mercado.—Me alegro mucho de que llueva esta mañana, porque así podré hacer uso de mi paraguas nuevo.

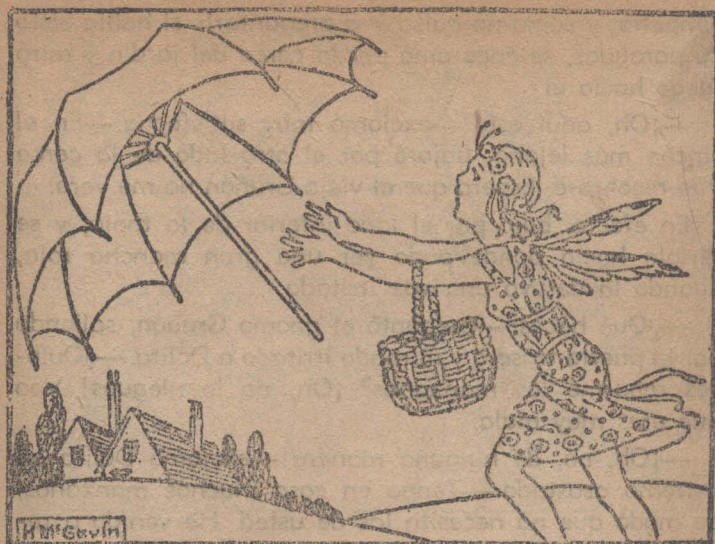
—Valdría más que no te movieses de casa—le dijo Potín, su maridito.—Hace un viento muy fuerte, y temo mucho que te vuelva el paraguas del revés.

—¡Oh, no!—contestó Dolita, que tenía mucho deseo de estrenar su paraguas.—Si el viento sopla con mucha fuerza lo cerraré.

Salió, pues, de su casa, sosteniendo sobre su dorada cabeza el paraguas abierto. Llovía mucho y el viento era fuerte, pero a Dolita no le importaba. Se daba mucho tono con su hermoso paraguas.

Pero cuando llegó a la esquina del mercado, una tremenda ráfaga de viento se apoderó de la faida de Dolita y empezó a llevarla de un lado para otro. Le alborotó el cabello, pero lo peor fué que al fin consiguió arrancarle el hermoso paraguas de la mano.

Dolita dió un grito de espanto y de dolor. Vió cómo su paraguas se elevaba en el aire cual amapola enorme arrastrada por el viento.



VIÓ CÓMO SU PARAGUAS SE ELEVABA EN EL AIRE

—¡Dios mío!—exclamó con los ojos llenos de lágrimas.—¡He perdido mi paraguas nuevo!

De momento tuvo la intención de echar a correr tras él, para ver si podía recobrarlo. Así, pues, descendió a toda prisa por la calle, sin perder de vista aquella mancha roja que se alejaba al vuelo.

Pero el viento corría más que Dolita. De pronto el paraguas desapareció tras unos árboles y la pobrecilla se preguntó adónde habría ido a parar. Entonces cesó la lluvia y ella se alegró en extremo, porque así ya no corría peligro de mojarse.

En breve llegó al jardín de Gruñón. Era un gnomo viejo y malhumorado, por quien Dolita no tenía la menor

simpatía, y como no quiso ir a preguntarle si había visto su paraguas, se encaramó por la cerca del jardín y miró luego hacia él.

—¡Oh, aquí está!—exclamó muy satisfecha.—En el rincón más lejano. Bajaré por el otro lado de la cerca y lo recobraré. Espero que el viejo Gruñón no me verá.

En efecto, bajó por el lado interior de la tapia, y se dirigía hacia donde pudo ver una gran mancha roja, cuando la detuvo una voz irritada.

—¿Qué haces?—preguntó el gnomo Gruñón, saliendo por la puerta trasera y mirando irritado a Dolita.—¿Quieres robarme las manzanas? ¡Oh, no lo niegues! Veo que eres muy mala.

—¡Oh, no, de ninguna manera!—exclamó Dolita en extremo asustada.—Tengo en casa muchas manzanas, de modo que no necesito las de usted. He venido a recoger mi nuevo paraguas rojo, amigo Gruñón.

—¿Un paraguas rojo?—replicó el gnomo muy enojado e incrédulo.—En mi jardín no hay ninguno. Veo que quieres engañarme.

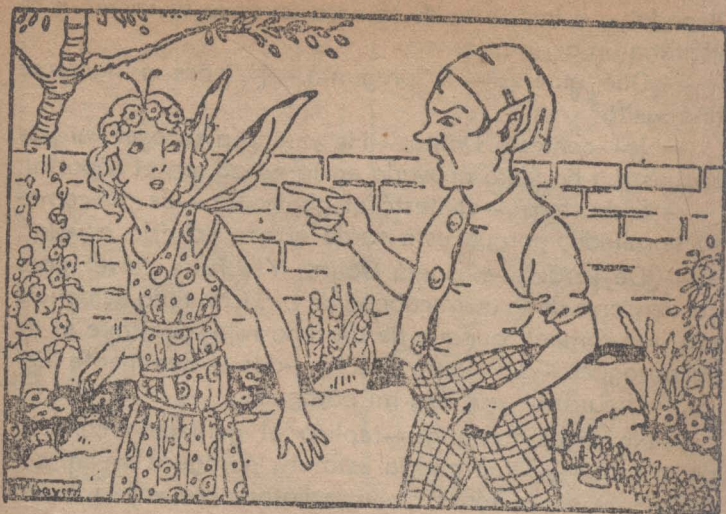
—¡Oh, no! No vaya usted a figurarse eso. Mírelo, está ahí.

Y corriendo se dirigió hacia aquella cosa roja que había en el extremo más lejano. Pero ¿qué os figuráis que encontró? En realidad no era su paraguas, sino una mata de amapolas rojas, que allí crecían muy espesas.

—¡Oh, cuánto lo siento! Veo que son amapolas y no un paraguas, como me figuré—exclamó Dolita sonrojándose intensamente.

—Ya te advertí que mentías—contestó Gruñón.—Mereces que te dé una buena azotaina.

Dolita profirió un grito de miedo y atravesó con toda



—¿QUÉ HACES?—PREGUNTÓ EL GNOMO

la rapidez que le fué posible la puerta del jardín. Y no se detuvo hasta que hubo dado la vuelta, y después de tener la seguridad de que el gnom no la perseguía.

—¡Qué cosa tan rara! Realmente llegué a figurarme que aquellas amapolas eran mi paraguas. ¿Dónde podrá estar?

Siguió andando y por fin llegó ante una casita amarilla. Y en el soportal vió una cosa roja.

—Sin duda debe ser mi paraguas — pensó Dolita. —Probablemente lo han cogido y plegado, y ahora lo han apoyado en el soportal, para que pueda llevárselo su dueño.

Echó a andar por el sendero del jardín y casi había

Llegado ya a la puerta de la casa, cuando se asomó a la ventana un geniecillo.

—¿Qué quieres?—le preguntó.—¿Vienes a hacerme una visita?

—No—contestó Dolita.—He venido a recoger mi paraguas. Lo he visto apoyado en la pared, en el soportal.

—¡Embustera!—contestó el geniecillo.—Es mi cometa enrollada, porque esta tarde quiero echarla a volar.

—¿De veras?—exclamó Dolita. Y echó a correr para convencerse de lo que acababa de oír. Con toda evidencia era una cometa, aunque de un tono rojo igual que el de su paraguas.—Lo siento mucho—dijo.—Realmente llegué a figurarme que era mi paraguas.

—No digas tonterías—replicó el geniecillo con rudo acento.—¿Cómo podría estar tu paraguas en mi soportal? Si no te marchas inmediatamente voy a soltar el perro.

Dolita se alejó a toda prisa, porque tenía miedo de los perros ajenos. Estaba a punto de llorar de pena. Luego se encaramó a lo alto de la colina y miró en todas direcciones para ver si el paraguas estaba cerca.

—Me parece que está en ese campo—exclamó de pronto.—Hizo con su mano visera para sus ojos, y miró al pie de la colina, hacia donde se destacaba una mancha roja sobre el color verde de un prado. Luego echó a correr cuesta abajo, hacia aquel punto.

En efecto, era un paraguas rojo. Estaba abierto sobre la hierba. ¡Qué contenta se puso Dolita! Se acercó a él corriendo, con la esperanza de agarrarlo antes de que el viento se lo llevara otra vez.

Lo cogió profiriendo un grito de triunfo. Pero en el mismo instante alguien dió otro de cólera y Dolita sintió una bofetada.



EL GENIECILLO SE ASOMÓ A LA VENTANA

—¡Malvada! ¿Por qué me asustas así?—exclamó una voz encolerizada.

Dolita levantó los ojos y vió que la miraba colérica la tía Cascarrabias.

La vieja se había sentado en el campo para hacer calceta, situando el paraguas rojo de manera que la defendiese del sol. Dolita no se dió cuenta de que detrás del paraguas hubiese alguien y por eso se arrojó de repente sobre él, dando un susto horroroso a la tía Cascarrabias.

—¡Oh, lo siento mucho!—contestó Dolita con acento humilde.—Le ruego que me perdone, tía Cascarrabias. No tenía intención de hacer tal cosa e ignoraba por completo que usted estuviese detrás. Vi mi paraguas rojo y quise recobrarlo.

—¿Tu paraguas rojo? — exclamó asombrada la tía Cascarrabias.—¡Caramba! ¡Esta es la mejor sombrilla que he tenido durante diez años! ¿Y te figuras que es tu paraguas rojo?

Dolita contempló el utensilio y se convenció de que, en efecto, era una sombrilla, y que no se parecía en nada a su paraguas.

Entonces la pobrecilla se echó a llorar. Aquello era en extremo desagradable. Habíase pasado la mañana persiguiendo su paraguas rojo, sin poder hallar otra cosa que unas amapolas, una cometa y una sombrilla. Estaba fatigada y muy triste.

—Me vuelvo a casa—exclamó sollozando.—Ya estoy cansada de tantos chascos.

—¿Y te parece poco el susto que me has dado?—preguntó la tía Cascarrabias reanudando su labor.—Ahora, Dolita, vuélvete a casa, antes de meterte en un nuevo compromiso.

Dolita se volvió en dirección al camino. Hallábase a corta distancia de su casa, de modo que llegó muy pronto. Estaba muy apenada por la pérdida de su hermoso paraguas rojo y se preguntó qué diría Potín. De pronto se detuvo asombradísima, porque en el paragüero vió un paraguas rojo, exactamente igual que el suyo.

Pero Dolita había tenido tantos desengaños, que quiso asegurarse. Por esta razón lo desenrolló, desplegó con cuidado la tela y lo abrió. Luego miró su interior, donde había cosido una pequeña etiqueta, en la que constaba su nombre y su domicilio.

En efecto, allí la vió, sin la menor duda.

—¡Qué cosa tan rara!—exclamó Dolita.—Sin duda habré soñado.



—DISPÉNSEME, TÍA CASCARRABIAS—DIJO DOLITA

Llamó a su marido y éste acudió corriendo.

—¿Cómo ha llegado aquí mi paraguas rojo?

—Pues, muy sencillo, Dolita. Lo trajo el viento—contestó Potín.—Eso ocurrió muy poco después de tu salida. Dió la casualidad de que yo estaba asomado a la ventana y lo vi llegar. El viento lo dejó sobre la hierba y ya no volvió a moverlo.

—Eso es extraordinario—observó Dolita sin decidirse por la risa o por el llanto.—Me he pasado la mañana entera persiguiendo toda suerte de cosas rojas, figurándome que eran mi paraguas y él, mientras tanto, ya había vuelto a casa.

Luego se echó a reír con risa interminable... Y eso fué lo mejor que pudo hacer, ¿no os parece?

LA TÍA COSCOJO Y SU PATO LISTO

Hubo una vez una pobre mujer, que vivía con Pico-gordo, su pato, en una casita situada en el extremo de Avellanejo, pues así se llamaba su pueblo. La pobre mujer tenía muy poco dinero y apenas podía vivir. Guardaba todos sus pequeños ahorros en una media roja, oculta detrás del reloj que se hallaba en la repisa de la campana de la chimenea.

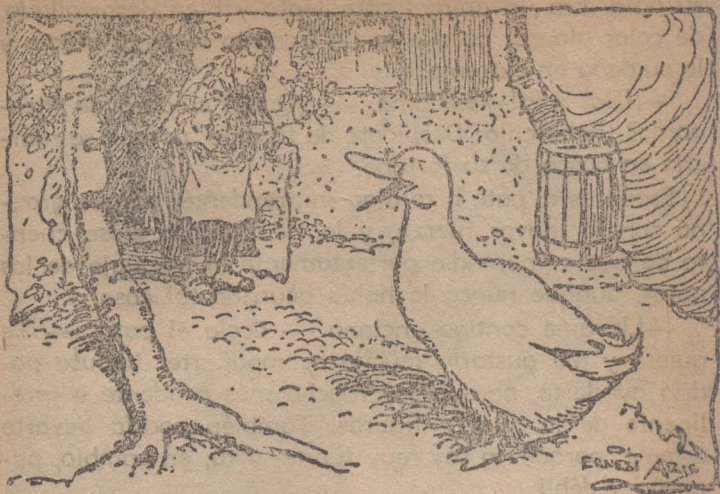
Cierto día la tía Coscojo volvió a su casa, después de haber comprado algunas cosas y fué a guardar una moneda de diez céntimos en la media roja, pero ¡oh, Dios mío! ya no estaba allí. Alguien se la había quitado. La pobre vieja tuvo un gran disgusto. Buscó por todos los lugares imaginables, revolvió los muebles de su casita, pero en vano, porque no pudo hallar la media donde guardaba sus ahorros.

Para colmo de males, aquel era el día en que había de pagar el alquiler. ¿Qué haría en cuanto se presentase el amo a cobrar? ¿Le concedería un plazo para pagar o bien la echaría a la calle?

El propietario era un hombre muy desagradable y no manifestó ninguna bondad cuando, al presentarse con objeto de cobrar el alquiler, la tía Coscojo le refirió lo ocurrido.

—No le creo a usted—le dijo,—y tenga en cuenta que si no me paga hoy mismo, mañana la haré echar de esta casita, para que la ocupe otra persona.

Dicho esto se alejó. La tía Coscojo estaba persuadida de que no podría pagar el alquiler, y de momento



VIVÍA CON PICOGORDO, SU PATO

no supo qué hacer, porque era demasiado digna para ir a solicitar el apoyo de sus amigos, quienes, por otra parte, eran casi tan pobres como ella.

Permaneció largo rato sentada y luego se puso en pie y empezó a hacer un paquete con algunos de sus efectos, porque ya se había decidido.

—Iré en busca de mi fortuna—pensó.—Mucha gente hace igual. Ciertamente es que, por regla general, son los jóvenes quienes toman esa decisión. Pero no veo la razón que me impida imitarles. Iré a casa de ese malvado propietario y le diré que puede vender mis muebles con objeto de cobrarse el alquiler.

Así, pues, aquella anciana valerosa se puso su sombrero puntiagudo, se cargó en hombros su pequeño fardo y salió por la puerta delantera. En el jardín vió a

su pato. Era un animal corpulento y bien desarrollado, de color blanco, porque la tía Coscojo le tenía afecto y lo cuidaba en extremo.

—¡Dios mío!—exclamó. — ¿Quién cuidará de Pico-gordo? ¡Pobrecillo! Despídete de tu ama, porque se marcha en busca de su fortuna.

Entonces el pato hizo algo sorprendente, porque graznó con la mayor fuerza, y la tía Coscojo dióse cuenta de que comprendía perfectamente el lenguaje de los patos, aunque nunca le había ocurrido tal cosa.

—Llévame contigo anciana — decía el pato. — Te quiero y me gustaría mucho acompañarte. Incluso podría ayudarte, porque soy mucho más prudente e inteligente de lo que te figuras. También podría llevarte a lomo, porque yo soy muy fuerte, y tú, en cambio, pequeña y débil.

—¡Dios nos bendiga! — exclamó la tía Coscojo en extremo sorprendida.—¿Quién se habría figurado que un pato fuese capaz de hablar tan bien? Bueno, Pico-gordo, te llevaré conmigo, y si crees que puedes transportarme, me alegraré mucho, porque ya no estoy acostumbrada a andar.

—Móntate ahora en mi espalda—dijo el pato acercándose a la tía Coscojo.

La anciana tomó asiento cómodamente sobre las suaves plumas del ave y observó que, al parecer, aquel lugar había sido preparado especialmente para ella. Ató su equipaje en torno del cuello del pato y luego los dos echaron a andar.

Primero quiso ir a visitar al dueño de la casa y le comunicó lo que estaba dispuesta a hacer.

—Es usted tan avaro, que no me ha dado siquiera el tiempo de reunir el dinero para pagarle. Pero puede



EMPRENDIERON EL VIAJE

quedarse con mis muebles, y así se cobrará el alquiler. Ahora mi pato y yo emprendemos la marcha en busca de nuestra fortuna.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!—exclamó el propietario.—¡Vaya una broma! No puedo imaginarme a una vieja como usted en busca de su fortuna. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

El pato miró al burlón propietario y luego, de pronto, lo acometió con un movimiento de su cabeza. Aquel individuo se vió levantado en el aire, porque el poderoso picotazo del pato le elevó, dándole, al mismo tiempo, un vigoroso golpe en la cintura. El avaro se cayó luego a un charco y se quedó allí sentado y muy asombrado. Y cuantos presenciaron aquella escena se echaron a reír alegremente, porque nadie sentía simpatía por el propietario.

—Cuac, cuac, cuac—exclamó el pato.

—Buen principio—exclamó la anciana.—Ya veo que en adelante podrás atenderme bien, Picogordo.

Echaron a andar de nuevo y durante todo el día prosiguieron su viaje. La tía Coscojo llegó a dormirse casi, pero hizo esfuerzos por despertarse, porque tenía miedo de caer.

Dos días después llegaron a un pueblecillo. La anciana se alojó en una posada y allí contó a todo el mundo cuán listo era su pato.

—Me ha prometido ayudarme para que conquiste mi fortuna—dijo la tía Coscojo.—¿Qué les parece a ustedes eso?

—¿Será capaz de curar la sordera? — preguntó un hombre muy sordo.—Me gustaría mucho oír, y tal vez el pato de usted consiga curarme.

—¿Eres capaz de hacer eso, Picogordo?—preguntó la tía Coscojo, volviéndose al pato.



FUÉ A CASA DEL MALVADO PROPIETARIO

—Cuac, cuac, cuac. Arrancadme una pluma del lomo—contestó el pato.

La vieja le arrancó una pluma y con ella tocó las orejas de aquel hombre, quien empezó a gritar, y luego se echó a bailar.

—¡Ya oigo, ya oigo!—exclamó.—Oiga cantar los pájaros, el ruido del agua que corre por la presa del molino, las carcajadas de los niños y los suspiros del viento. Esto es maravilloso.

Pero el caso fué que aquel hombre ingrato no quiso pagar ni siquiera diez céntimos a la tía Coscojo, a cambio de haber recobrado el oído.

—No, no—dijo.—Ahora ya no puede usted convertirme en sordo, y aunque lo hiciese, yo no le pagaría.

Y se marchó muy satisfecho, para referir a su esposa y a sus amigos lo que había ocurrido.

—Cuac, cuac, cuac. Ya recobraré lo que me pertenece—dijo el pato.

—¿Cómo?—preguntó la tía Coscojo, muy apenada.—No podemos obligarle a pagar. De este modo no haremos fortuna, amigo Picogordo.

El pato se alejó, yendo a visitar a la esposa del individuo que había recobrado el oído. La pobre mujer era muda, desde que tenía ocho años.

—Cuac, cuac, cuac. ¿Quiere usted recobrar el habla?—preguntó el pato.

La mujer miró muy sorprendida a aquel maravilloso palmípedo. Nunca había oído hablar a un pato, y tan asombrada quedó al principio, que ni siquiera pudo contestar con una seña.

Luego inclinó la cabeza. Picogordo se arrancó una pluma del ala y se la dió a la mujer. En cuanto ella la tocó, empezó a hablar, porque ya podía mover la lengua.

—¡Ya puedo hablar! ¡Ya no soy muda! ¡Oh, maravilloso pato! Se lo diré a mi marido cuando vuelva a casa y él te recompensará.

Precisamente en aquel instante llegó el marido. Quedóse muy sorprendido al oír hablar a su mujer y, a su vez, le refirió que había recobrado el oído.

—Dale una moneda de oro al pato—recomendó la esposa.

—¡De ninguna manera!—replicó aquel hombre ingrato, echándose a reír.

El pato no dijo nada y se volvió al lado de su ama.

Pero en cuanto aquella mujer hubo recobrado el habla, no callaba un instante ni de día ni de noche. Su lengua parecía una tarabilla, de tal manera que su esposo llegó a perder la paciencia.



—CUAC, CUAC. TOMA UNA PLUMA DE MI LOMO

—Cuando quise recobrar el oído no fué para soportar tu charla incesante—exclamó enojado.

—¡Eres un infame!—replicó su mujer.

Y con este motivo empezó a reconvenirle, a censurarle y a insultarle. Lo siguió al patio y continuó chillando, y luego le persiguió por la calle, denostándolo, y no paró un instante hasta que el sueño, por la noche, la obligó a callarse.

Su marido ya no podía soportar más aquella situación. Al día siguiente se dirigió a la posada donde se alojaba la tía Coscojo y le rogó recomendara al pato que dejara nuevamente muda a su mujer.

—De ninguna manera—exclamó la tía Coscojo.—No quiso usted pagarme ni diez céntimos, después de hacerle un favor, y, por consiguiente, no tiene derecho de pedirme que le ayude otra vez.

—Cuac, cuac, cuac. ¿Quiere volver a ser sordo?—preguntó, de pronto, el pato.

—¡Oh, sí! ¡Cualquier cosa que me libre de tener que soportar la lengua de mi mujer!

—En tal caso, habrá de pagarme dos monedas de oro—observó la tía Coscojo.

Aquel individuo dió un profundo suspiro y sacó de su bolsillo las monedas pedidas.

—He sido un tonto—dijo.—Si ayer le hubiese pagado una moneda de oro, ahora gozaría libremente de mi oído, sin tener que soportar la charla de mi mujer, porque el pato aún no había hecho desaparecer su mudez.

“Ahora, en cambio, he de pagar dos monedas de oro para ser sordo otra vez. Pero como me volvería loco si continuase oyendo los incesantes regaños de mi mujer, no me queda otro remedio.”

—La gente avara acaba por pagarlo todo muy caro—contestó la tía Coscojo.

Arrancó otra pluma del lomo del pato y tocó las orejas de aquel hombre. En un momento recobró su sordera y luego se volvió a su casa satisfecho, ante la certeza de que ya no volvería a oír las reconvenciones de su mujer.

—Este es el principio de nuestra fortuna—observó la tía Coscojo guardando cuidadosamente en su bolsa las



—PERMITID QUE SIGAMOS EL CAMINO—ROGÓ
LA TÍA COSCOJO

dos monedas de oro.—Ahora continuaremos nuestro camino, Picogordo.

Prosiguieron su viaje hasta llegar a un bosque sombrío. La tía Coscojo estaba fatigada, de modo que se dejó resbalar desde el lomo del pato y se preparó para descansar durante toda la noche.

Muy cerca de allí, y en una gran cueva, vivía un terrible ladrón. Había atesorado una cantidad enorme de monedas de oro, que tenía guardadas en talegas, y era muy temido por todos los habitantes de la comarca. Por su estatura y sus fuerzas era casi un gigante, de modo que cuando quería robar a alguien no hallaba casi nunca la menor resistencia.

Oyó cómo la tía Coscojo hablaba con su pato, y se aproximó a ellos para averiguar quiénes eran. Al ver a aquel hermoso pato, gordo y de brillante plumaje creyó haber encontrado una magnífica cena.

—¿Qué hacéis ahí?—rugió dirigiéndose a la tía Coscojo.—Está prohibido acercarse siquiera a mi cueva. Por consiguiente, vete, buena mujer; mas, para castigarte, me quedará con este pato y lo asaré para mi cena.

—¡Oh! Hacedme el favor de dispensarme, señor—dijo la tía Coscojo poniéndose en pie, muy asustada.—No tenía la menor idea de que penetraba en un lugar prohibido. Dejadnos continuar nuestro viaje. En cuanto al pato, preciso será deciros que no es un ave ordinaria y que no puedo consentir que sea devorada.

Pero el ladrón no hizo el menor caso de sus palabras. Agarró al pato y se lo llevó a su cueva. La tía Coscojo estaba muy asustada, pero, sin embargo, siguió al ladrón, decidida a rescatar al pato si le era posible.

—Cuac, cuac, cuac. Nada temas, porque volveré pron-

to—dijo el pato mientras se lo llevaba el gigante.

Este llegó inmediatamente a su guarida y encendió una gran hoguera, disponiéndose a asar el pato sin más demora.

—Eres el pato más gordo que he visto en mi vida—exclamó el ladrón, pasando la mano por las suaves plumas del lomo del ave.—Serás una espléndida cena.

Pero el caso fué que cuando intentó separar sus grandes manos del lomo del pato, no pudo lograrlo. Estaban pegadas allí con la mayor firmeza.

—Cuac, cuac, cuac. Ponle una pluma mía en la espalda—ordenó el pato.

En el acto la tía Coscojo entró en la cueva y arrancó una pluma al ave. Luego la apoyó un poco más abajo del cuello del ladrón, sintiendo gran curiosidad por ver qué ocurriría, pues ya sabía que aquellas plumas eran grandes talismanes.

De pronto sucedió algo muy curioso, porque el gigante empezó a disminuir de tamaño. Pocos momentos después no era mayor que la tía Coscojo y luego se hizo todavía más pequeño.

—¡Alto! ¡Alto! ¡Alto!—gritó.—¿Qué me pasa? ¿Eres una bruja, anciana? ¡Devuélveme mi estatura y corpulencia habituales!

Mas, por el contrario, continuó empequeñeciéndose, y cuando no era mayor que un niño de seis años, la tía Coscojo separó la pluma de su cuello.

—Ahora, siendo tan pequeño, no podrás hacer ningún daño—exclamó la anciana.—Ya no podrás robar más. Ese es un buen castigo para ti.

La vieja se acomodó en la cueva y obligó al ladrón a que la sirviese. El no tuvo más remedio que obedecer, puesto que ya había perdido su gigantesca fuerza.

No tardaron los habitantes de la comarca en darse cuenta de que el ladrón ya no llevaba a cabo ningún atropello, y muchos fueron a vigilar por los alrededores de la cueva, con la esperanza de que se hubiese marchado a otra parte, dejándoles en paz.

Quedáronse asombrados en extremo al verlo. De momento no se resolvían a creer lo que tenían ante los ojos, ni podían convencerse de que aquel enano que iba de un lado a otro, para cumplir las órdenes de la tía Coscojo, fuese el mismo ladrón que antes les hizo víctimas de su codicia y brutalidad.

—Eso es obra de mi pato—les dijo la tía Coscojo.—Ahora podéis venir a registrar el tesoro del ladrón, para recobrar lo que os pertenezca. En la cueva hay muchos muebles y también he encontrado numerosos talegos llenos de oro.

Pronto, los que habían sido robados por el ladrón, acudieron a la cueva y se alegraron lo indecible al recobrar lo que les fué robado.

—Te daremos veinte monedas de oro, a cambio del favor que nos has hecho—dijeron. Y la tía Coscojo se guardó, muy satisfecha, aquella recompensa.

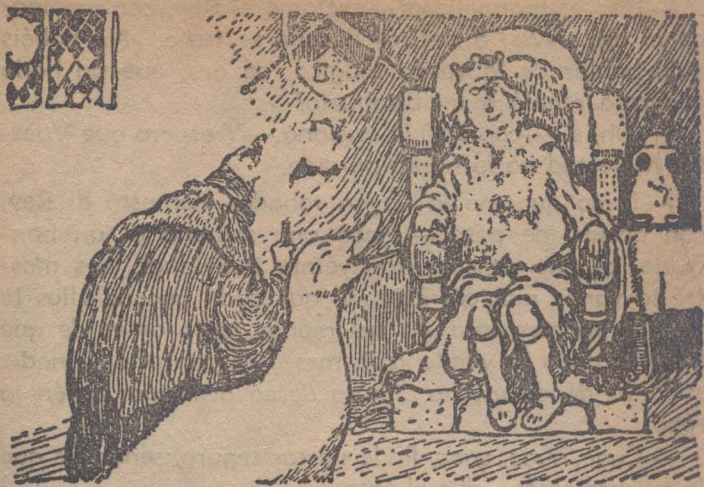
—Ahora, ciertamente, estamos haciendo fortuna—dijo al pato.

Otra vez emprendieron su viaje, y en aquella comarca les sucedieron numerosas aventuras. El pato ganaba muchas monedas de oro, de modo que el bolso de la anciana empezaba a ser muy pesado.

Un día, la tía Coscojo recibió un mensaje del Rey.

—Su Majestad desea ver tu pato maravilloso—le dijo el mensajero.

La tía Coscojo, muy orgullosa y satisfecha, montó de



EL REY SE RIÓ AL VER AQUELLA EXTRAÑA PAREJA nuevo a Picogordo y se encaminó a la ciudad en que vivía el Rey.

Fué llevada a la sala del trono, y cuando el Monarca la vió acompañada del enorme pato, se echó a reír.

—¡Bienvenidos!—dijo.—Verdaderamente formáis una extraña pareja. Me he enterado, anciana, de que vas en busca de fortuna.

—Es cierto—contestó la tía Coscojo, haciendo una reverencia.—Y gracias a mi buen amigo, el pato, he podido ahorrar algunas monedas de oro.

—Necesito vuestro auxilio—explicó el Rey.—¿Podrá encontrar tu pato las cosas extraviadas o robadas?

—Sí—contestó la tía Coscojo.

—Cuac, cuac, cuac. Lo perdido se recobrará—replicó a su vez el pato.

—¡Eso es maravilloso!—exclamó el Rey, contemplando al ave.—Voy a deciros de qué se trata. ¿No habéis oído hablar de la varita mágica, de oro, que un hada poderosa regaló a mi bisabuelo?

—¡Oh, sí!—contestó la anciana.—Y espero que Vuestra Majestad no la habrá perdido.

—Temo que me la hayan robado—contestó el Rey, con acento de pesar.—Hace una semana dí un banquete, al que concurrieron veinte individuos. Les mostré la varita mágica, dejando que cada uno de ellos la tuviese un momento, en sus manos; pero antes de que hubiese dado la vuelta a la mesa, desapareció, y nadie supo ya dónde estaba. Ahora deseo averiguar quién la robó.

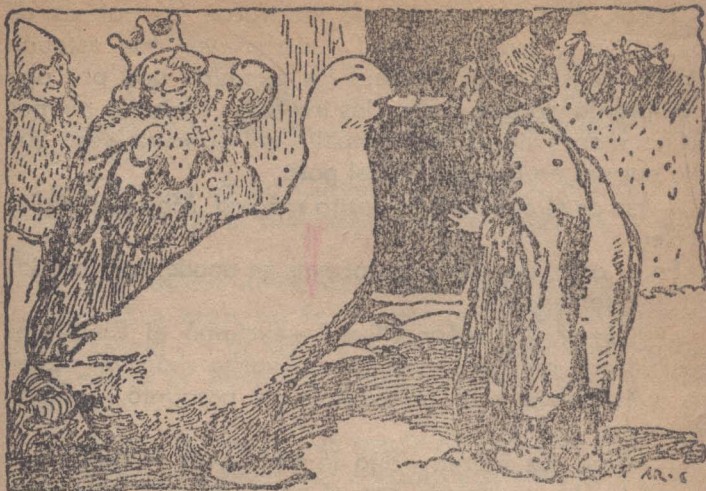
—Cuac, cuac, cuac. Podéis estar seguro, señor, de que la recobramos—dijo el pato.

Luego él y la anciana se retiraron para convenir un plan. En breve la tía Coscojo se presentó de nuevo al Rey.

—Dad, señor, otro banquete, al que invitaréis a las mismas personas que la semana pasada—dijo la anciana.—Anunciad que dais esta fiesta en honor de mi pato. Luego diréis a vuestros invitados que pueden pasarle la mano por el lomo, porque eso les dará buena suerte, pero convendrá añadir que si lo toca un ladrón, el pato dará un fuerte graznido.

El Rey no comprendía que eso pudiera descubrir al ladrón, pero, sin embargo, consintió en seguir las instrucciones de la tía Coscojo. Mandó las invitaciones y acudieron los cortesanos, deseosos de ver al maravilloso pato.

Picogordo llevaba un lazo azul en torno del cuello, que le daba un aspecto de la mayor elegancia. Perma-



—¡QUÉ PATO TAN MARAVILLOSO!—EXCLAMÓ
EL REY

neía en el centro de la regia sala y todos los invitados le rodeaban y le admiraban.

—Podéis acariciarlo si queréis—dijo el Rey.—Eso os dará buena suerte. Solamente deben abstenerse de tocarlo los ladrones, porque si lo hiciesen el pato daría un fuerte graznido.

El ave recibió las caricias de todos y aunque el Rey esperaba pacientemente oír el graznido del pato, éste permaneció mudo.

—Cuac, cuac, cuac. No me toquéis ya más—dijo de pronto el pato.

Todos retiraron sus manos, muy asombrados.

—Mostradme las manos—dijo la tía Coscojo, acercándose a los invitados.

Todos, muy extrañados, le mostraron las palmas de las manos y todos también pudieron ver que estaban blanqueadas. La tía Coscojo las examinó una por una y de pronto vió que uno de los invitados tenía las palmas de las manos sin la menor huella del polvo de yeso que ella pusiera en las plumas del pato.

—Ese es el que robó la varita mágica, Majestad—dijo al Rey.

En el acto, dos fornidos lacayos se apoderaron del ladrón, reteniéndole.

—¿Cómo? ¿El señor Oliver?—exclamó el Rey.—¿Es posible que me hayáis robado mi varita mágica?—Luego, volviéndose a la tía Coscojo, le preguntó.—¿Cómo lo sabéis?

—Mirad sus manos—dijo la vieja.—Es el único que no se las ha ensuciado con el polvo de yeso que puse en las plumas del pato, pues yo sabía que el único que no se atreviese a tocarlo, sería el ladrón. Todos los demás lo han acariciado de buena gana y se han ensuciado las manos. Ahora haced registrar la casa de ese hombre y allí encontrarán la varita mágica.

El Rey mandó encarcelar al señor Oliver y ordenó que fuesen unos soldados a registrar su casa. En efecto, encontraron la varita mágica en un armario y se la devolvieron al Rey, que la recibió contentísimo.

—Has hecho ya tu fortuna—dijo a la anciana.—Toma ese talego de monedas de oro, ahora puedes volver a tu pueblo para vivir allí felizmente, pues ya tienes fortuna bastante para toda tu vida.

—Gracias, Majestad—contestó la tía Coscojo.—Haré lo que me recomendáis.

Ella y el pato regresaron a su pueblo y la anciana sentíase en extremo satisfecha al pensar que, de nuevo,

se vería en su casita, pues confiaba en que nadie la habría alquilado. Por fin llegó. Todos los habitantes del pueblo acudieron a recibirla, porque hasta allí había llegado su fama. Sólo faltó el propietario de su casa, que estaba muy enojado al ver que la anciana se había enriquecido.

La casita de la tía Coscojo estaba aún desocupada, porque nadie quiso alquilarla a aquel malvado propietario.

La tía Coscojo amuebló bien su casita y luego dió un convite a todos los habitantes del pueblo. Ella presidió la mesa y a su lado se sentaba el maravilloso pato, cuyo cuello se adornaba aquel día con un magnífico lazo rojo.

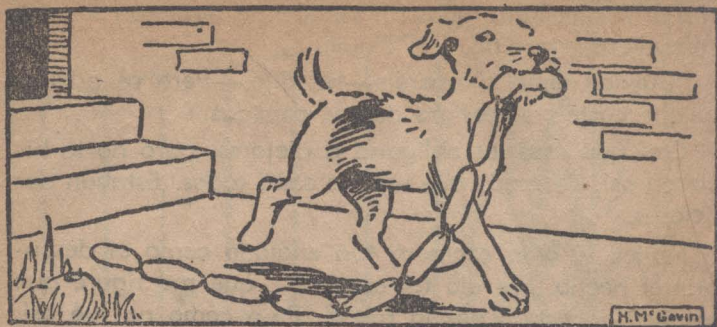
Y la fiesta transcurrió en medio del mayor entusiasmo. La tía Coscojo y Picogordo estaban contentísimos y, por otra parte, muy decididos a no correr más aventuras.

HISTORIA DEL PERRITO PIN

—Soy un perrito y me llamo Pin. Me han castigado y eso me da mucha vergüenza. Mi amo está muy enojado conmigo, pero en realidad, yo no he sido malo. Voy a contaros lo que he hecho y ya veréis cómo tengo razón, porque soy un buen perrito.

Hoy me levanté a las seis y abandonando el cesto, que está situado en el dormitorio de mis amos, me sentí muy solo y, de un salto, me subí a la cama. El edredón me hizo cosquillas en el hocico. Yo, para vengarme, le dí un mordisco y me llenó la boca de plumas. No podéis imaginaros cuánto me costó echarlas y me figuré que en cuanto se despertase mi ama, se alegraría de ver cuántas plumas había cogido. Pero no fué así, sino que, por el contrario, se enojó mucho y me pegó, diciendo que le había estropeado el edredón. En vista de eso bajé a la cocina y la cocinera se alegró de verme y me dió una palmadita y un bizcocho. Le lamí la mano y luego quise morderle los pies, pero ella no me dejó. Entonces encontré un cepillo en el suelo y me divertí mucho jugando con él, y antes de que se diese cuenta la cocinera, ya le había arrancado todas las cerdas.

Lo raro del caso es que también se enojó mucho y me pegó de tal modo, que tuve que dar dos o tres aullidos. Después de almorzar subí al primer piso, para dar un repaso por los dormitorios. Encontré una zapatilla del amo debajo de la cama y, como es natural,



SIGUIERON LAS DEMÁS SALCHICHAS

la saqué para mirarla. Le rogué que jugara conmigo, pero no quiso, por mucho que se lo pedí. No se movió siquiera y yo, para castigarla, le dí un mordisco. Pero ella con la mayor testarudez, continuó inmóvil.

Entonces me enfurecí y la sacudí entre mis dientes. "Ahora te enseñaré a portarte como es debido", le dije. Y se lo enseñé, porque la dejé destrozada.

Entonces apareció mi ama y, al ver la zapatilla rota, se encolerizó sobremanera. Yo traté de decirle que me había limitado a castigar la descortesía de la zapatilla, pero no quiso hacerme caso. Me agarró por la piel del cuello y me arrastró escaleras abajo. Luego, como castigo, me encerró en la cocina. Una vez allí llegó a mi olfato un olor delicioso. ¡Salchichas!

Sobre la mesa había una hermosa cuerda de ellas. Me figuré que la cocinera las había traído para mí y quise comerme una. La tomé entre los dientes, pero estaban todas unidas y la cuerda que formaban cayó al suelo.

Ante la posibilidad de que la cocinera se acordase todavía del cepillo, creí preferible llevarme la salchi-

cha al jardín. Pero todas las demás me siguieron sin que yo pudiese impedirlo.

"Bueno, venid si queréis—les dije.—Pero os advierto que corréis el peligro de ser comidas."

Creí que esto les obligaría a alejarse, pero no lo hicieron así, de modo que me las comí todas. Estaban deliciosas.

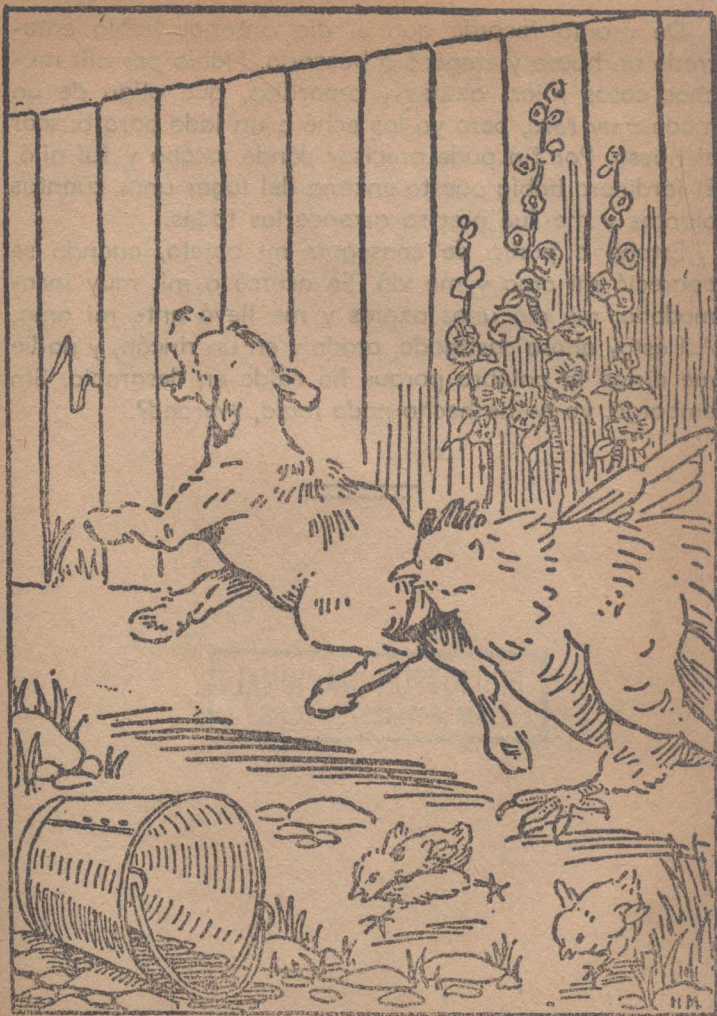
Nunca vi a la cocinera tan enojada como al descubrir el hecho. Me dió tal escobazo, que me figuré que me había partido por la mitad. Pero como no fué así, huí al jardín con toda la prisa que me fué posible.

"¡Qué mala gente vive en esta casa!" pensé. Y me prometí no continuar en ella.

Entonces oí un ruido muy extraño y en el huerto vi unos cuantos pollitos cubiertos de plumas amarillas. Piaban muy fuerte, de modo que llegaban a molestar. "¡Quietos!", gruñí. "Tengo dolor de cabeza y quiero dormir".

Pero aquellos bichos desobedientes no me hicieron caso, de modo que yo atravesé la valla y fuí a decirles lo que pensaba de ellos. Los perseguí y ellos echaron a correr, piando todavía con mayor vigor. El juego me gustó y los perseguí por todos lados. Entonces y cuando menos lo esperaba, apareció una gallina vieja, de instintos feroces. Se arrojó contra mí y me picó tres veces en el hocico. Yo no podía librarme de ella, hasta que, por fin, me escabullí atravesando la cerca, mientras la gallina continuaba picándome hasta el último momento.

"Ya no me extraña que esos pollitos tengan tan poca urbanidad con una madre como tú", dije. Luego atravesé el jardín a toda prisa.



LA GALLINA ME PERSIGUIÓ Y ME PICÓ

De pronto recordé que el día anterior había enterrado un hueso y empecé a buscarlo. Había por allí muchas cosas rojas, azules y amarillas, que olían de un modo muy raro, pero yo las eché a un lado para buscar el hueso. Por fin pude precisar dónde estaba y fuí allá. El jardinero había puesto encima del lugar unas cuantas plantas y me fué preciso arrancarlas todas.

Estaba a punto de conseguir mi objeto, cuando se apareció mi amo y me vió. Se acercó a mí, muy incomodado, me dió unos azotes y me llevó ante mi ama. Así estoy ahora castigado, atado y en un rincón, y nadie me dirige la palabra porque he caído en desgracia. Sin embargo, yo no he hecho nada malo, ¿verdad?.



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Un soberbio regalo

CUENTOS DE HADAS

Una extraordinaria colección, especialmente dedicada a los niños, conteniendo la más hermosa selección de las mejores narraciones de este género, de cada país.

Lujosos tomos encuadernados, de gran formato, impresos con caracteres notables, de fácil lectura, e ilustrados por grandes dibujantes

Publicados

**CUENTOS DE HADAS
JAPONESES**

**CUENTOS DE HADAS
INGLESES**

En preparación:

**CUENTOS DE HADAS
DE ANDERSEN**

**CUENTOS DE HADAS
DE GRIMM**



Precio de cada tomo:
\$ 2.30



URGEL 245

BARCELONA



GOROSTIAGA 165

BUENOS AIRE